VII

MÁS DIVERSIONES

Para el día siguiente, que era domingo, había en el programa de las fiestas un número no fundido en los moldes usuales, un número de verdadera novedad, que no era música, ni baile, ni fuegos, ni nada de lo acostumbrado.

Ya te he dicho que cada una de aquellas Cofradías procura, cuando llegan sus fiestas, hacer que aventajen á todas las celebradas anteriormente, añadiendo alguna invención, algún detalle de sorpresa, algo que las otras Hermandades no hayan hecho, algo que allí no se haya visto.

Pues bien: la novedad ideada este año por los cofrades de la Magdalena, para que sus fiestas se distinguieran de las demás, era una comida á los pobres.

La cosa en sí, aparte de lo laudable que es siempre el ejercicio de la caridad, parecía que no había de ofrecer grandes atracti-

vos; pero la imaginación fecunda de los organizadores de las fiestas quiso rodear el acto de poesía, de delicadeza y de esplendor, de tal manera que resultara un espectáculo muy agradable.

La comida á los pobres se había de dar al aire libre, y había de ser servida por señoritas de la población, hijas de Hermanos, y algunas forasteras invitadas.

Cuando salimos de Misa mayor estaba ya formado en la plazuela con estacas y cordeles un amplio circuito, dentro del cual se habían colocado mesas cubiertas de manteles blanquísimos, coronadas de platos y vasos y ramos de flores, y rodeadas de sillas y taburetes. De las once y media á las doce fueron entrando en el circuito y ocupando asientos al redor de las mesas hasta casi un centenar de mendigos de ambos sexos y de todas edades, que de las aldeas vecinas y de más lejos habían acudido al olismo de las fiestas, pues en la villa casi no los hay.

A las doce en punto aparecieron ocho ó diez señoritas en traje de camareras, con sus anchos delantales blancos, y empezaron á repartir á los asombrados comensales tiernos panecillos que llevaban en azafates de mimbres.

De la casa donde se había compuesto la comida, que era la única que comunicaba

con el improvisado comedor, sacaron luego las cocineras unos grandes peroles de arroz y bacalao, de los cuales comenzaron dos señoritas á llenar platos, y otras á servírselos á los pobres sentados á las mesas.

La parte de plazuela que había quedado fuera del circuito estaba cuajada de gente, que presenciaba complacida el espectáculo, igual que la muchísima que había arracimada en los balcones. Todo aquel numeroso público hacía benevolos comentarios sobre el suceso, y celebraba con murmullos continuos de simpatía y de cariñosa admiración la ligereza encantadora con que las bellas camareras cruzaban por entre las mesas con los platos encomolgados del bien oliente y sabroso manjar, y la amabilidad y el agrado y la solicitud cristiana con que trataban y servían á aquellos andrajosos.

Después de un buen rato, como á la mitad de la comida, lograron introducirse en el circuito algunos jóvenes y se pusieron á escanciar el vino. Entonces me introduje yo también, y como entre las camareras se hallaba mi prima, me acerqué luego á ella y la dije:

—Hoy es el primer día de mi vida en que siento no ser pobre de solemnidad.

—¿Que sientes no ser pobre?—me contestó Isabel.

—Sí, chica; con toda mi alma.

—¡Qué sentimiento tan raro! ¿Y para qué querías ser pobre?...

—Para que tú me dieras de comer como á esos miserables... afortunados.

—¡Bueno!... Sigues como ayer, tan de broma...

—No: es de verdad... Sólo porque le sirvieran á uno camareras como tú, con esas manos...

—Si es por eso, siéntate y te traeré en seguida tu ración de rancho: dicen que está bueno.

—Y aunque no lo esté; lo que es á mí me había de saber á mieles...

—No seas embustero, hombre... Como te sabría bien, sería servido por aquélla que está en el balcón de la esquina.

—¿Quién?... ¡Ah!... Pues mira, que me creas que me dejes de creer, no la había visto... no había mirado para allí ni una vez siquiera...

—¡Vamos! Mejor es no hablar de eso, porque me da pena oirte decir lo que no sientes... Antes eras mucho más formal...

—Si tú te empeñas en decir que ahora no lo soy...

—No; es que te empeñas tú en no serlo... Y sin necesidad, porque conmigo cumplido tienes, y no sé por qué habías de fingir...

—¡Si no finjo nada!...

—Más te agradecería que fueras franco y sincero conmigo y me lo contaras todo, diciéndome: «Pues sí, es verdad, Isabel, es verdad: estoy enamorado de esa señorita, y ella también me quiere, y nos vamos á casar en el otoño, á la entrada del invierno...»

—¿Pero cómo te he de decir yo eso, criatura, si no es verdad? ¿Cómo te he de contar yo esos desatinos, que no son más que desatinos sin fundamento... cosas que tú inventas?...

—¿Yo?... ¡Jesús, María! ¿Cómo había de inventar yo esas cosas?... ¿Ni para qué?...

—Para hacerme burla.

—Nunca he pensado en eso, Alvaro. Y de todas maneras, te aseguro que nada de lo dicho he tenido necesidad de inventar. Porque con las mismas palabras lo he oído referir, no hace todavía veinticuatro horas, á persona que parecía muy bien informada por otras allegadas á ella...

—Eso no puede ser.

—No sé si podrá ser, pero es.

—¿Y no me quieres decir quién es esa persona?...

—Si tienes empeño en que te lo diga...

Y como yo insistiera formalmente en mi deseo de averiguar á quién había oído todo aquello de mis relaciones con la mejicana y del casamiento en el otoño, me contó Isabel con todos los pormenores lo ocurrido en

casa del Conde de la Riega, y me repitió el relato del estudiante, palabra por palabra.

Se lo negué todo terminantemente, es decir, todo lo grave, todo lo de importancia, confesándola en cambio, para parecer más sincero y más digno de ser creído, que, en efecto, me había llamado la atención la mejicana cuando se presentó en la playa la primera vez, y la había mirado mucho aquellos días; pero que no había pasado la cosa de ahí, de un poco de oseo sin consecuencias.

Quise además reforzar la negativa y darla mayor credibilidad haciendo á mi prima protestas de amor, no del todo claras y explícitas, pues por lo pronto no me atreví á tanto, pero bien transparentes; diciéndola que ya sabía que la mejicana no era mi tipo; que ya conocía perfectamente cuál era mi ideal de mujer; que muchas veces la había dicho qué cualidades quería yo en la mujer para enamorarme (cualidades que eran las propias suyas); que ya estaba enamorado, aunque sin decírselo, de una mujer que las reunía todas, y no pensaba cambiar en este punto..., etc. Todo para darla á entender que ella era mi bello ideal, mi aspiración invariable y perpetua; pero todo en vano. Isabel se había llegado á convencer de que Payito me tenía fascinado, y no se desconvencía fácilmente...

Terminaba la comida de los pobres á eso de la una entre el aplauso general, pues todo el mundo quedaba muy complacido y satisfecho de la fiesta, especialmente los mismos pobres, como puedes suponerte.

Aunque muy poco menor que la satisfacción de éstos, vendría á ser la de los cofrades directores, por lo brillante que había resultado el acto aquél de su invención é iniciativa, el cual ya esperaban que había de ser repetido por una y otra Hermandad, hasta que llegara á quedar como detalle obligatorio de todas las fiestas análogas aquella hermosa obra de misericordia.

Y luego, como quiera que el ver comer á los pobres con buen apetito, seguramente no habría saciado el de los que miraban, sino que se le habría despertado un poco, siendo ya la hora ordinaria de la comida, fué desfilando la concurrencia.

Por la tarde se corrían cintas en velocípedo y á caballo, función que también prometía estar muy animada. En medio de la carretera, en la salida del Poniente, que era el sitio elegido, se había colocado una especie de bastidor formado por dos postes de unas cuatro varas de altura y dos travesaños, uno como á la mitad y otro á lo cimero. De estos dos travesaños pendían las cintas enrolladas á unos cilindros huecos, por cuya cavidad interior de poco más

de una pulgada de diámetro había de entrar el badil ó punzón para cogerlas. En la orilla del camino frente al bastidor, y arrimada á la cerca de un jardín, se había construído una tribuna para el jurado, que se compondría de señoritas para dar á la diversión más atractivo.

El mismo público que había presenciado por la mañana el banquete dado á los menesterosos, llenaba por la tarde todos los alrededores del nuevo escenario, las orillas de la carretera, los balcones de las casas contiguas y algunos andamios, no muy seguros, apoyados de cualquier modo contra la cerca susodicha.

A las cuatro, mientras estallaban en el aire media docena de cohetes como para anunciar que daba principio la función, subía el jurado femenino á la preparada tribuna, siendo saludado por una salva de palmadas. Nueve preciosas jóvenes tomaron asiento en la delantera de la plataforma, colocándose luego á retaguardia varios individuos del sexo fuerte, que parecían ser los consultores técnicos para los casos de duda.

En seguida comenzaron los ciclistas á correr por la carretera y á pasar y repasar disparados por debajo del bastidor, badil en ristre, tratando de enganchar alguna de las cintas que colgaban del travesaño bajero, que eran las que estaban á su alcance. La operación era, por lo que se vió, más difícil de lo que parecía, de modo que esta primera mitad de la fiesta duró mucho, y la faena de las bicicletas resultó pesada y aburridora; creo que para todos, pero especialmente para mí, por la cordial antipatía que profeso al chisme y á sus cultivadores, los cuales me parecen igualmente cándidos, aunque mucho menos inofensivos, que los pescadores de caña.

Como casi todos los corredores eran rapazuelos, se les trataba con poca consideración regularmente. Cuando alguno acertaba á introducir el punzón por el centro del rollo y sacaba una cinta, sonaban escasas voces de alabanza y no muy fervorosos aplausos; pero, en cambio, cuando alguno rodaba por el suelo, cosa que sucedía con frecuencia, estallaba en universal, franca y estrepitosa carcajada la maligna hilaridad del público.

Presenciábamos la fiesta mi madre y yo desde la casa donde se hospedaban mi tía y sus hijos, que era, como te he dicho, una de las de aquella barriada exterior, y estaba casi enfrente de la tribuna. Ocupaba yo con mi primo el balcón último de la izquierda, que correspondía á un gabinete; en el del medio, que era el de la sala, estaba mi madre entre mi tía y mi prima, y en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el del gabinete de la derecha los dueños de la casa. En la misma lancera, más hacia el Poniente, había un suntuoso palacio de unos indianos, en uno de cuyos balcones, en el más próximo al nuestro, estaba Amparo Cortina con la indiana y con otra señora. De manera que colocado yo allí entre Payito é Isabel, ardía entre dos luces, como suele decirse, sin atreverme á mirar ni á un lado ni á otro. Hablaba con mi primo de cosas varias; pasábamos revista fisonómica á las niñas del jurado, analizando sus facciones y sus rasgos más salientes, buscándolas parecidos entre nuestros conocimientos de por acá... todo sin perjuicio de soltar el trapo á reir cuando un ciclista perdía el equilibrio y hacía la triste figura.

En esto llegaron allí, á la casa, á ver la función unas señoras amigas de los dueños, y teniendo Isabel que ceder á una de ellas el sitio que ocupaba al lado de mi madre, se fué al balcón del gabinete donde estabamos nosotros.

—Si no hago daño con venirme aquí... —entró diciendo.

—De ninguna manera,—la respondí yo.

—¿Por qué nos has de hacer daño?—la dijo su hermano.

—Tú que sabes, bobo—le replicó ella.—¿No ves que está la novia de Alvaro ahí en ese balcón de más allá y puede disgustarse

de verme á su lado si acaso no sabe que somos primos?... Entérala pronto, ¿eh?—añadió dirigiéndose á mí:—entérala pronto de eso para que no me tenga rabia, porque esta mañana ya me pareció que me miraba así... si no con malos ojos, que eso no puede ser, porque los tiene muy bonitos, á lo menos con un poco de ceño...

—¡Pero qué bromista te has vuelto, Isabel!—la dije.—Antes no eras así... ¿Qué la ha pasado á tu hermana—le dije á Pepe—que parece que la han cambiado?... ¡Era siempre tan amable... y ahora se ha hecho tan maliciosa y tan cruel, que se está divirtiendo á mi costa de la manera más despiadada desde que vine!...

—¡Dí que... sí! ¡Divirtiéndome á su costa!... El sí que se quiere divertir á costa nuestra, negándonos lo que es ya público y notorio...

A todo esto, Payito, haciendo como que atendía con interés á la fatigosa maniobra de las bicicletas, nos echaba de soslayo una mirada cada medio minuto... Y yo, sufriendo una verdadera indagatoria, ó más bien una confesión con cargos de parte de Isabel, procuraba mezclar á su hermano en la conversación y accionar contra él con viveza, á fin de aparentar que de él y mío exclusivamente era el asunto de que hablábamos.

Cuando uno de los chavalillos de las bicicletas acertó á coger la última cinta y acabó así la primera parte del espectáculo, cosa que iba ya pareciendo inverosímil, unos carpinteros quitaron el travesaño inferior serrándole los espigos, y quedó sólo el de arriba con las cintas destinadas á los de á caballo, los cuales entraron al momento en funciones.

Eran ya todos señoritos formales, y se presentaron, por lo general, bien montados, de modo que esta segunda parte, contra lo que afirma el conocido aforismo, fué mejor y más interesante que la primera.

Como no hay función sin tarasca, según dice otro adagio, tampoco podía faltar en ésta, y de que no faltara se encargó aquel joven santanderino que solía bailar con Amparo muchas veces, y que estaba ya en la romería de la Pruneda, llamado Juan Celorio, aunque por allí le llamaban Juan Tenorio, porque era un rompe-corazones de esos que se les figura que con mirar una sola vez á una mujer la tienen ya vuelto el juicio. Presentóse aquella tarde echándoselas de calaverón y haciendo recordar á aquel romántico joven

de alma gastada y botas de charol,

de que habla Espronceda, porque efectivamente, traía unas botas de charol muy altas, ya á más de media usa, y también aparentaba tener el alma gastada, aún más gastada que las botas.

Montaba un semi-rocín de poca alzada, pelicano y flacucho, que además debía de estar amatado, porque se resentía de uno de los costillares. Pero, eso sí, lucía una montura mejicana muy lujosa, con hebillaje y estribos de plata y con una gran asa del mismo metal en el borren delantero. El caballejo, al sentir la espuela, sacaba un paso raro y contorcido, que parecía que se iba á desurdir, y el jinete, no sé si por efecto de aquella trepidación extraña, ó por su mal pulso, jamás acertó á dirigir el badil de modo que entrara por el agujero de un carrete y se llevara la cinta por delante.

Regularmente el que tenía la habilidad ó la fortuna de coger una de aquellas cintas anchas y lujosas que decían en un letrero bordado á mano: *Recuerdo de las fiestas de la Magdalena*, iba á regalársela á alguna de las señoritas que formaban el jurado, ó á alguna otra de las que presenciaban la fiesta desde los balcones, siempre entre los aplausos de la concurrencia.

El buen Tenorio había estado hablando con Payito desde abajo al comenzar la función, y se había despedido diciéndola: «La primera cinta que alcance será para usted,

si usted tiene la amabilidad de aceptarla.» Pero le pasó al infeliz lo que le suele pasar al cazador que vende el pájaro antes de cazarle. Espoleando sin cesar al jaquillo y espoleando él por el deseo de lucirse y de cumplir su oferta, menudeaba las carreras de tal modo, que no daba la ida por la venida; mas á pesar de su afán desapoderado de ofrecer á la bella americana una cinta, no pudo ofrecerla más que un batacazo, un revolcón tremendo.

Porque una vez, al ir á pasar corriendo por debajo del bastidor, por poner todo su entendimiento, que no debía de ser mucho, en dirigir bien el badil, abandonó las riendas, y el caballín, que era flojo de remos, al sentirse de pronto sin ayuda, dobló las rodillas echando por las orejas al jinete, que, después de rodar un trecho por la carretera, se levantó revocado de polvo y saludado con estrepitosas carcajadas.

No se desanimó por eso el hombre. Volvió á montar y continuó tan terne, haciendo tentativas con no mejor estrella que antes; viéndose obligado á presenciar, para colmo de su desgracia, cómo el hijo de los indianos, en cuya casa estaba Payito, ganaba en el certamen y la ofrecía una hermosa cinta verde...

Al oscurecer, en cuanto se encendió la iluminación, comenzaron las jóvenes del

bando de la Magdalena á cantar el ofrecimiento del ramo. Este canto, con acompañamiento de panderetas, en dos coros, repitiendo el segundo la letra del primero, se asemejaba mucho al de la traída del mayo, por lo cual ya no ofrecía novedad.

Tras de la ceremonia del ofrecimiento del ramo se quemaban los fuegos artificiales, que eran muy vistosos y de mucho ruido, con lo cual huelga ya decir que la gente estuvo en sus glorias, coreando los españidos finales de cada rueda con exclamaciones prolongadas.

Acabó la función de los fuegos como acaban allí todas, en baile; pero no tomé parte en él; resistí á la tentación como un héroe. Había dejado á mi madre en la fonda, al volver de la fiesta de las cintas, ofreciéndola venir pronto á cenar, y así lo hice: en cuanto españó la última bomba, me escurrí por entre la gente y me volví á casa. Después de la cena estuve con mi madre en el balcón observando tranquilamente el movimiento y el jaleo de abajo.

Aquella noche ví por primera vez bailar el *pericote*, baile especial del país, tan gracioso como complicado y difícil. Cada bailador tiene dos bailadoras, es decir, que cada hombre baila con dos mujeres á un tiempo, de lo cual viene el nombre de *baile de tres* con que también es conocido, y aun

acaso el de *pericote*, por considerar al bailador como Perico entre ellas. Tiene el baile dos partes. En la primera, las mujeres bailan hacia atrás y hacia adelante; pero no yendo y volviendo por el mismo sitio, sino describiendo un círculo, ó más bien una elipse, mientras los hombres corren por delante de la fila de mujeres dando saltos uniformemente repetidos. La segunda parte es una cadena en la que el bailador tiene que girar por entre sus dos bailadoras, que giran también, dejando pasar alternativamente á una por la derecha y á otra por la izquierda, todo con grandísima rapidez, de manera que hace un efecto fantástico.

La mujer que toca el pandero, ó la pandereta, pues el antiguo pandero cuadrado ya apenas se usa, en vez de cantar, como para el baile ordinario, cantares diversos alusivos á los bailadores y sin trabazón entre sí, canta un romance de esos muy conocidos, que vulgarmente se llaman *coplas*, de asunto profano ó religioso, según cae, pues en aquella misma noche oí cantar primero el famoso romance de *Espinela* que comienza con esta estrofa altisonante:

«El sol detenga sus rayos
Y la luna su luz bella,
Tiemblen los cuatro elementos,
Estremézcase la tierra,»

y es una relación de venganzas y crímenes horrendos, y luego la graciosa *disputa del tres y el cuatro*, y después el idilio lleno de mística ternura titulado *La enamorada de Cristo*...

A lo último el señorío bailó una jota, á cuyo compás se me hacían los pies agua, pues siempre he sido aficionado á ese baile; pero reflexioné que debía sobreponerme á aquella inclinación de frivolidad, y permanecí firme.